CAPRICHOS DEL CORAZON,

PIEZA EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN VERSO,

DE

DON EMILIO MOZO DE ROSALES.

Representada por primera vez en el teatro de Variedades el dia 14 de Marzo de 1863.





MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUISA, 18 años......	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
DOÑA CARMEN, 50...	DOÑA FELIPA ORGAZ.
JULIANA, criada.....	SRA. MORATO.
CARLOS, 23.........	D. EMILIO MARIO.

La escena pasa en Villaviciosa de Odon: 1865.

Á MI QUERIDA ADELA,

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Gabinete elegantemente amueblado. Puerta al fondo y otras dos laterales. Al levantarse el telon, doña Carmen aparece sentada. Luisa se pasea con visibles muestras de disgusto.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CARMEN, LUISA.

CARMEN. ¡Por Dios, Luisa, por Dios,
no desoigas mis consejos!
LUISA. Repito que estamos lejos
de comprendernos las dos.
CARMEN. En mis ideas abunda
toda mujer de buen juicio.
LUISA. Pues yo veo un precipicio
al lado de esa coyunda.
CARMEN. ¿Y por qué?
LUISA. Porque otras mil
á quien conocí dichosas
perdieron siendo ya esposas
su alegria juvenil:
sus encendidos colores,

su entusiasmo, su placer...
CARMEN. Pero, niña, la mujer
no es un munojo de flores;
su temprana edad se acaba
y viene un tiempo...
LUISA. En que el hombre,
sin que esta costumbre asombre,
lleva á su hogar una esclava.
CARMEN. ¡Es posible que eso digas!
LUISA. ¿Pues qué? ¡mis ojos no vieron
lo que al casarse sufrieron
mis desgraciadas amigas!
Paca se unió con Machaca,
y de tal modo ha cambiado,
que solo se vé en el Prado
el esqueleto de Paca.
Pepa casó con Ariste,
y aunque en Madrid no se sepa,
me ha dicho la misma Pepa
que no comen mas que alpiste.
Si es la mujer de Sotillos,
ya se acuerda usté, Leonor,
tienes cinco hijos ¡qué horror!
como cinco marmolillos,
y por último yo sé
que ayer don Roque Cumplido
dió á Irene en vez de un vestido
un soberbio puntapié.
CARMEN. ¿Y qué prueba esa albaraca?...
LUISA. Que los maridos...
CARMEN. Error.
LUISA. Pues que lo digan Leonor,
Irene, Juanita y Paca.
CARMEN. Pero has de vivir soltera
como Virgen de retablo?
LUISA. Prefiero no ver al diablo,
á estar en su ratonera.
CARMEN. Pueril temor.
LUISA. Bien me fundo.
CARMEN. Dirán al ver lo que pasa...
LUISA. Dispense usted, quien se casa
soy yo, tia, no es el mundo.

Y puesto no le interesa
contraiga un lazo cruel,
no he de cargar yo por él
con cuita que tanto pesa.

CARMEN. Mas, ¿cómo vivir sin guia,
sin brazo que te defienda?
¿Qué harás cuando se te ofenda
con criminal osadia?

LUISA. No se afliga usté—al momento
mi partido tomaré:—
un gran partido,—entraré
de novicia en un convento.

CARMEN. Ilusiones engañosas,—
sueños.

LUISA. Ya verá usté, tia.

CARMEN. No, vé antes, hija mia,
la situacion de las cosas.
Tu padre antes de morir
con mira justa, acertada,
dejó tu boda arreglada
con Cárlos, que vá á venir.
Pensó que en él hallarias
al par que dichas y amor,
un prudente defensor
á quien respetar sabrias.

LUISA. ¡Respetar á Cárlos yo!
Yo, que le he visto saltar
como un muñeco y jugar
al escondite, no, no,
eso seria execrable,
bajo, grotesco, sin nombre.

CARMEN. Pero, niña, si es un nombre
admirado y admirable
por sus talentos.

LUISA. Lo sé.

CARMEN. ¿Es feo?

LUISA. No.

CARMEN. ¿Te ha ofendido?

LUISA. Si; quiere ser mi marido.

CARMEN. ¿Solo en eso?

LUISA. Y harto fué,
pues me horripila esta union.

CARMEN. Pero en fin, qué le dirás?
LUISA. Que no lo quiso jamás
mi sensible corazon.
CARMEN. Con tal rudeza...
LUISA. Es preciso.
CARMEN. Pero reflexiona...
LUISA. Nada,
la cuestion está zanjada.
CARMEN. Siempre existe el compromiso,
y la opinion general,
por mas que estés satisfecha,
al ver tu boda deshecha,
dirá que has obrado mal.

ESCENA II.

DICHAS, JULIANA.

JULIANA. (Desde la puerta del fondo.)
Señora, don Cárlos.
(Doña Cármen y Luisa se miran con angustia.)
CARMEN. }
LUISA. } ¿Qué?
LUISA. ¡Cárlos!
CARMEN. ¡Tu primo! (Momento de silencio.)
JULIANA. (Dá grima
verlas.—¿Qué tendrán?)
LUISA. (Ap. á Doña Cármen.) Por Dios,
no me abandono usté, tia.
Dí que espere. (Á Juliana.)
CARMEN. (Id.) Que no espere...
¿Qué resolvemos, sobrina?
el momento es decisivo.
JULIANA. ¿Hago que entre, señorita?
DUISA. No me caso. (Con resolucion á Doña Cármen.)
CARKEN. Siendo asi
recíbele tú, Luisa,
pues yo no tengo valor
para darle la noticia
fatal.
LUISA. No me deje usté.
CARMEN. Deshaz la boda tú misma,

deshazla, mas no me culpes
si te arrepientes un dia.
Ya puede pasar don Cárlos. (Á Juliana.)
(Buena será la entrevista.)

ESCENA III.

LUISA.

Bien me deja frente á frente
con mi adorable verdugo,
yo sabré romper el yugo
que me prepara impaciente.

ESCENA IV.

LUISA, CÁRLOS.

CARLOS. Adios, Luisa.
LUISA. Adios, Cárlos.
CARLOS. ¿Y tia?
LUISA. Buena.
CARLOS. (¡Qué cara!)
LUISA. ¿Has salido hoy de Madrid?
CARLOS. Á las seis de la mañana.
LUISA. ¡Qué pronto!
CARLOS. He venido en posta.
LUISA. ¡Jesus! entonces descansa. (Sentándose.)
CARLOS. Mil gracias.—Calle, diria...
(Oservando á Luisa.)
LUISA. ¿Qué?
CARLOS. Que has tenido tercianas.
LUISA. Es el frio, la humedad...
CARLOS. ¡Frio cuando el sol abrasa!
LUISA. Yo le tengo, déjame.
CARLOS. Entonces es que estás mala.
LUISA. Hombre, te digo que no.
CARLOS. Pues te repito que basta
verte, para conocer
que tienes...
LUISA. No tengo nada,
qué terquedad...

CARLOS. Si eres tú
la que...
LUISA. Bien, seré yo, vaya,
y si quieres trendré el tifus,
el cólera y la escarlata.
CARLOS. (Buen principio de entrevista.)
LUISA. (Al primer tapon, zurrapas.)
(Momentos de silencio.)
Conque... ¿qué pasa en la córte?
CARLOS. Prima, no sé lo que pasa,
porque la melancolia...
LUISA. ¿Vá gente á la Castellana?
CARLOS. Hay momentos en que el hombre...
LUISA. ¡Y hace allí calor!
CARLOS. El alma...
LUISA. ¿Qué trajes se llevan mas?
CARLOS. Las ilusiones doradas...
LUISA. De *organdí*?
CARLOS. ¿Las ilusiones?
de mi mente.
LUISA. ¿De qué hablas?
CARLOS. Del fuego...
LUISA. ¿Qué fuego, hombre?
CARLOS. Si no me escuchas...
LUISA. Si charlas...
CARLOS. Si te digo...
LUISA. Si pregunto...
CARLOS. Si no contestas á nada.
LUISA. Pero, Cárlos...
CARLOS. Pero, hija...
LUISA. Bien, hombre, bien, basta.
CARLOS. Basta.
LUISA. Las nubes van aumentando.
CARLOS. Buen temporal se prepara.
(Momento de pausa.)
En fin, yo deseo ver
mi posicion despejada,
porque ha llegado el momento...
LUISA. Si, el momento... descansa
antes...
CARLOS. No, no estoy cansado...
LUISA. Se te conoce en la cara...

CARLOS. Te digo que no.
LUISA. Acabemos.
CARLOS. Si, porque acabar me tarda.
LUISA. (Es terrible.)
CARLOS. Nuestra boda
dejó tu padre tratada...
LUISA. Lo sé.
CARLOS. El pobre murió
seguro de que me amabas,
y de que yo apreciaria
tus virtudes y tus gracias
mejor que nadie; no obstante,
se me rogó que esperara
un año mas, y hoy el plazo
que nos desunió se acaba,
de modo...
LUISA. (¡Funesto trance!)
CARLOS. De modo...
LUISA. La cosa es clara:
si los dos nos convenimos,
solo el cura nos aguarda,
pero negocios tan graves
deben mirarse con calma.
No conocemos á fondo
nuestros genios.
CARLOS. Por desgracia.
LUISA. El mio es un poco arisco.
CARLOS. No uses esa palabra.
LUISA. Me conozco hace ya tiempo,
y soy muy rara, muy rara,
primo.—Mi rostro ademas
no tiene vida, ni gracia,
ni...
CARLOS. ¡Oh!
LUISA. Mi mano es enorme,
y mi talle de asturiana.
CARLOS. ¡Qué error!
LUISA. ¡Mi pié... pobre pié!
su deformidad me espanta.
Si se trata de instruccion,
no sé dónde se halla Zafra,
ni quién reina en Portugal,

ni sé escribir una carta.
CARLOS. No tanto...
LUISA. Ya lo irás viendo.
CARLOS. Tus buenas dotes rebajas.
LUISA. Te digo que soy muy fea.
CARLOS. ¡Qué empeño!...
LUISA. Muy fea, ¡vaya!
CARLOS. Pues yo, prima mia, tengo
un genio que desagrada
en general, soy miope,
algo torpe.
LUISA. (Con asombro.) ¡Tú!
CARLOS. Mi facha
por otra parte, es un poco...
un poco amazacotada.
LUISA. No tanto, no tanto, primo.
CARLOS. Me conozco, muchas gracias.
LUISA. Te digo que no.
CARLOS. Me adulas,
mas debo...
LUISA. Mucho me extraña
esa franqueza en un hombre
que viene á casarse.
CARLOS. Nada,
confesion por confesion.
LUISA. Mas creo que el hacer gala
de esos defectos de bulto
reconocerá una causa.
CARLOS. ¡Ah! (Suspirando con profunda amargura.)
LUISA. ¡Qué! (Con asombro.)
CARLOS. ¡Si yo me atreviera!...
pero jamás...
LUISA. Habla, habla.
CARLOS. He luchado... mas al fin...
LUISA. ¿Al fin qué?
CARLOS. La... lo...
LUISA. Acaba.
CARLOS. Pues bien: hace cuatro meses
que tuve que ir á Granada
para arreglar un asunto
de familia.—Una mañana
salgo á paseo, la aurora

iluminaba las altas
cimas, y pintadas flores
el ambiente embalsamaban.
¡Qué dia!... De pronto veo
á través de una enramada
una mamá con su hija:
era la primera escuálida
y la segunda un dechado
de perfecciones y gracias.
Aprieto el paso, las corto,
miro á la niña, ella baja
los ojos, sigo tras ellas,
entran de nuevo en Granada
y yo detrás. Se detienen
á la puerta de su casa,
yo apunto el número, suben,
no vacila mi esperanza,
recorro la calle, espero...
Se pasa asi una semana,
la niña sin asomarse
y yo imaginando trazas;
pero como no hay obstáculo
que no venza la constancia,
despues de comprar un chal
de algodon á la criada,
de dar al portero un mazo
de cigarros de la Habana,
y de escribir á mi bella
una docena de cartas,
comprende esta mi amargura
y me cita en su ventana.
Allí olvidando que dí
á tu padre una palabra,
ocho veces te fuí infiel
pues ocho pelé la pava.

LUISA. Pero esa mujer será
cualquier cosa. (Conteniendo su indignacion.)

CARLOS. ¡Oh! es muy guapa.
Ojos árabes...

LUISA. ¡Qué feos!

CARLOS. Cabellera como el ala
del cuervo, negra, brrillante,..

LUISA. ¡Ya!

CARLOS. Dientes...

LUISA. Bien, hombre, calla.

CARLOS. Se llama Enriqueta Alcira.
¡Qué nombre!

LUISA. Nombre de drama.
¿Y sigue ese amor?

CARLOS ¡Si sigue!

LUISA. Ella tambien...

CARLOS. Me idolatra.
¡Oh! perdóname, Luisa,
perdóname.
(Arrojándose á los pies de Luisa.)

LUISA. ¿Yo? levanta.

CARLOS. No, por cierto; quiero que
me devuelvas mi palabra,
que me aborrezcas...

LUISA. Bien, bien,
sé muy feliz con tu dama.

CARLOS. ¡Cómo! ¿es posible?—¡Oh! ventura.

LUISA. (¡Qué gozo!)

CARLOS. Eres una santa.
(Saltando de alegria.)
Voy á casarme con ella...
á ver... (Recordando.) pasado mañana.

LUISA. ¿Conque estaba ya dispuesto?

CARLOS. Ya ves; como yo contaba
con tu asentimiento.

LUISA. ¿Si?
pues alabo la confianza.

CARLOS. Enriqueta de mi vida,
voy á escribirla una carta
de tres pliegos. —¿Me permites?...
No hay tintero.

LUISA. (Indicándole la primera puerta lateral de la derecha, con muy mal humor.)
En esa estancia
hallarás cuanto deseas.

CARLOS. ¿Qué es eso? ¿estás enfadada?

LUISA. ¿Qué te importa? piensa solo
en la dicha que te aguarda.

ESCENA V.

LUISA, despues DOÑA CÁRMEN.

LUISA. Se marcha tarareando.
Qué tal, si temia yo
con razon. ¡Jesus, Jesus!
vaya bendito de Dios.
CARMEN. (Entrando con temor por la primera puerta de la izquierda.)
No está, comprendo, se ha ido
para ocultar su dolor.
LUISA. ¡Ay, tia!
CARMEN. Y será capaz
de morirse de afliccion.
LUISA. ¡Él morir! ¡él!
CARMEN. Es probable;
tu conducta ha sido atroz.
En fin, ¿en qué habeis quedado?
LUISA. En que todo se acabó.
CARMEN. ¿Y le has dicho sin mesura
ni rodeos tu intencion?
LUISA. Él ha sido el que de un modo
indigno de un español,
me ha dado unas calabazas
grandes, de marca mayor.
CARMEN. ¿Es posible?
LUISA. Una andaluza
que en mal hora conoció,
le ha prendado de tal modo,
que está sin paz ni razon.
CARMEN. Pues te doy mi enhorabuena:
te salva ese nuevo amor.
LUISA. Sí, ya estoy libre y me alegro
con todo mi corazon.
CARMEN. Entonces...
LUISA. Mas su conducta
es increible, feroz.
CARMEN. ¿No le aborrecias?
LUISA. Si.
CARMEN. Pues consuélate.

LUISA. Eso no.
CARMEN. Niña, yo no te comprendo:
antes pedias á Dios
que deshiciera una boda
que te causaba pavor,
y ahora que la fortuna
favorece tu intencion...
LUISA. Tia, si yo no me aflijo.
CARMEN. Pues ¿qué sientes?
LUISA. ¡Qué sé yo!
CARMEN. ¿Tienes celos?
LUISA. ¡Qué locura!
lo que tengo es mal humor,
vergüenza, rabia, despecho.
Con que es decir que no soy
mas que un ente, y que se puede
dejar y tomar mi amor
como se toma ó se deja
una libra de almidon!
Pero la que mi despecho
convierte casi en furor
es esa linda Enriqueta,
esa andaluza, ese sol
granadino, que se apropia
un primo que tengo yo,
sin consultar si el traspaso
será de mi gusto. ¡Oh! ¡Dios!
¡qué mujeres! Será astuta,
mi primo es un pobreton,
ella le ha cautivado
con sus dengues, con su voz,
y él habrá creido hallar
el templo de Salomon.
Está bien, yo soy arisca...
Canto mal; bailo peor,
y soy fea: pero, tia,
diga usted algo por Dios.
CARMEN. ¿Qué he decir? que tu primo,
que es un muchacho de pró
y cuya fortuna monta
á mas de medio millon,
debia hallar en la córte

mujeres que con su amor
cautivasen á porfia
su juvenil corazon.
Tú miraste con desprecio
la fé que un tiempo juró,
y por mil medios crueles
le probaste tu aversion;
él ha comprendido en fin
que si os casabais los dos...

LUISA. Yo hubiera muerto mil veces.

CARMEN. Pues bien, esa es la razon
que le ha impelido á romper
el compromiso anterior.

LUISA. ¿Con que le defiende usté?

CARMEN. Ya lo creo.

LUISA. Esto es atroz.
Pero esa señora al menos
contar conmigo debió.

CARMEN. Jamás hubo transacciones
en el campo del amor.

LUISA. ¿Conque nunca? pues mi primo
era mi esposo ante Dios,
y quiero que usted le diga,
que es un pirata, un Nembrod;
que ha faltado á su palabra
y á las leyes del honor,
y quiero en fin que me pida
humildemente perdon.

CARMEN. ¡Qué locura! en estas cosas
no debo mezclarme yo,
pues no quiero que se ria
y se burle de las dos.

LUISA. Pero usted quiere que muera
de mi despecho al rigor
dejando impune una ofensa
que clama al mundo y á Dios.
¿Quiere usté?

CARMEN. No quiero nada.
Esta boda se acabó;
si hubieras andado cuerda
no te encontrarias hoy
despreciada por tu primo.

LUISA. (Cae sobre un sofá cubriéndose el rostro con las manos.)
Yo despreciada, ¡qué horror!

CARMEN. Consuélate y ten presente
para otra vez la leccion.

ESCENA VI.

LUISA, despues JULIANA.

LUISA. Es increible su calma,
me deja en este momento
sin comprender el tormento
que me dilacera el alma.
(Se pasea agitada.)
Acaso querrá que cante
cuando deseo llorar
y reñir... me voy ahogar.
(Tirando de un llamador. Juliana se presenta en la puerta del fondo.)
Traiga usted agua al instante.

JULIANA. ¿Está usted mala?

LUISA. ¿Mujer,
por qué pregunta usté asi!
Traiga usted agua.

JULIANA. Creí.

LUISA. Usted no tiene que creer.
(Juliana sale por el fondo.)
¡Ay! qué preguntonas son:
revelarla mi pesar
fuera lo mismo que dar
dos cuartos para un pregon.
(Mirando por la puerta que dá al cuarto en donde escribe Cárlos.)
Pero á ver... sigue escribiendo.
Jesus, qué carta tan larga.
(Juliana la presenta un vaso de agua.—Luisa lo acerca á sus labios, pero arroja con disgusto el agua que ha bebido.)

JULIANA. ¿Qué tiene?

LUISA. Que sabe amarga.

JULIANA. Pero...

LUISA. Basta.

JULIANA. (No comprendo...
(Al marcharse se queda mirando á Cárlos.)
¡Ah! es el novio.)

LUISA. ¡Qué mira
usted!—No hay nada que ver.

JULIANA. (Marchándose y á media voz.)
No me lo voy á comer.

ESCENA VII.

LUISA.

Mirando á Cárlos.

¡Ay! no concluye, suspira;
besa la carta fatal,
otra vez, otra; qué amor
tiene este hombre, señor:
yo no he visto cosa igual.
(Se pasea agitada.)
Mas qué pensarán de mí
mis amigas, cuánto cuento
no compondrán al momento?—
dirán que soy baladí,
insoportable. ¿Quién sabe?
y añadirán por mi mal,
para un rompimento tal
habrá una causa muy grave.
Mas al mundo probaré
que la ingratitud de un necio
solo me causa desprecio.
Vaya! y me divertiré.
Asi pues, qué se me dá
de que escriba noche y dia?
nada,—si no le queria
yo,—le odiaba,—él lo verá.
(Despues de un momento de pausa.)
Pero esa carta es un fardo,
una resma de papel:
no escribió tanto como él
en sus tiempos Abelardo,

(Sale Cárlos leyendo una carta.)

ESCENA VIII.

CÁRLOS, LUISA.

LUISA. (Ya viene, que no conozca
mi emocion, serenidad.)
¿Has terminado tu carta,
primo mio?
CARLOS. Si, ya está,
tres pliegos.
LUISA. ¿Eres taquígrafo?
CARLOS. Tengo gran facilidad
para escribir.
LUISA. Se conoce.
CARLOS. Luego el amor pone tan...
nervioso.
LUISA. (¡Nervioso!)
CARLOS. Estoy
febril.
LUISA. Ya sé cómo estás.
(¡qué descaro!)
CARLOS. Conque, prima,
si me permites, voy ha...
LUISA. ¡Cómo, á leer eso...
CARLOS. ¡Está escrita
con una pasion!... verás.
LUISA. No, muchas gracias.
CARLOS. Escucha
el primer pliego.
LUISA. No tal,
ni una línea.
CARLOS. ¡Qué mania!
LUISA. Pero, hombre, qué terquedad!
si te digo que no quiero
oir...
CARLOS. Pues voy á empezar.
LUISA. Con que por fuerza... (Lo dicho,
yo no he visto cosa igual.)
(Se sienta con disgusto.)
CARLOS. (Leyendo.)

«Villaviciosa de Odon,
»veintiseis de Julio...»

LUISA. Ya,
ya estoy, adelante.

CARLOS. Sigo:
me sentaré en el sofá.
(Se sientan leyendo con acento apasionado.)
«Hermosa Enriqueta mia;
»luz de mis ojos, iman
»de mi alma, limpio espejo...»

LUISA. ¡Hombre, qué modo de hablar!...
suprime esos galanteos,
porque me sientan muy mal.

CARLOS. «Ya no existe la barrera
»que separó sin piedad
»nuestras dos almas.»

LUISA. Qué estilo
tan raquítico y trivial.
¡Llamarme barrera á mí
¡barrera!

CARLOS. Como no estés
al corriente...

CUISA. No señor,
esa palabra es bestial.

CARLOS. «Mi pobre prima se ha vuelto
»de uua virtud ejemplar,
»y solo desea ahora
»vivir en la soledad.»

LUISA. ¿Qué le importará que sea
alegre ó sentimental
ni por qué nombrarme á mí
en esa carta?—¿Quizá
soy tan gazmoña y tan fea
que me tenga que encerrar
en un sótano?

CARLOS. Tú misma
has dicho...

LUISA. Ya se verá
lo que ha de hacerse, ¡qué empeño!
(Esto es cosa de emigrar.)

CARLOS. (Leyendo.)
«Mañana vuelo á su lado

»para que en San Sebastian
»nos unan con tierno lazo,
»y despues...»

LUISA. (Levantándose.) (No puedo mas.)

CARLOS. «Viviremos como...»

LUISA. Basta.

CARLOS. «Viviremos...»

LUISA. Basta ya.

CARLOS. (Leyendo.)
«¡Oh! tú la mas hechicera
»que hubo en el mundo jamás.»

LUISA. Vuelta á los mismos piropos,
y al mismo... ¡qué vaciedad!

CARLOS. (Dejando de leer.)
Qué rostro podrá igualarse
á su rostro angelical!

LUISA. Hombre, caras regulares
en cualquier sitio las hay.

CARLOS. Sus manos son pequeñísimas.

LUISA. (Mirando las suyas con indiferencia aparente.)
¿Manos? eso es muy vulgar.

CARLOS. ¡Qué pié!

LUISA. Cualquiera lo tiene
pequeño.

CARLOS. (Con transporte.) ¡Y el talle!

LUISA. ¡Ya!
(Y yo que estoy sin vestir
y parezco un sacristan.)

CARLOS. Sigo leyendo.

LUISA. No, primo;
supongo que lo demas
será lindísimo.

CARLOS. ¡Vaya!
Mira, aqui le trazo el plan
de un viaje que pienso hacer
con ella.

LUISA. (Bueno será.)

CARLOS. Iremos á Italia, á Suiza;
veremos el Saint Gotard,
el valle de Chamounix
y las nieves del Mont-Blanc.
Despues al pié de los lagos

que el ambiente matinal
riza con sus ténues alas,
nos juraremos...

LUISA. ¡Qué afan!
si ya sé las tonterias
de un viaje sentimental.

CARLOS. ¡Ah! si el cielo me concede
un hijo, se llamará
Luis como tú.

LUISA. Lo prohibo;
que se llame Nicolás
ó Diego.

CARLOS. Serás madrina.

LUISA. (Este primo es un caiman.)

CARLOS. Y le enseñarás el Fleury
y el alfabeto.

LUISA. ¡Esto mas!
Es decir que solo sirve
tu prima para enseñar
doctrina á los chicos? ¡Oh!

CARLOS. Las obras de caridad
nos abren las puertas...

LUISA. ¡Calla!

CARLOS. Mas, ¿por qué te has de enfadar?
No creo...

LUISA. Ya que olvidaste
una palabra formal,
solemne, empeñada un dia
con toda espontaneidad
á mi padre moribundo,
no aumentes, por Dios, mi afan
con esa ironia... cáustica,
con esa calma glacial.

CARLOS. ¡Yo atormentarte! ¿Qué dices?
no lo creyera jamás.

LUISA. Pues qué, ¿soy yo por ventura
de bronce ó de pedernal?

CARLOS. Pero te mostraste siempre
tan esquiva...

LUISA. No es verdad:
era emocion, timidez.

CARLOS. Es cosa particular:

cualquiera hubiera creido
que me querias muy mal.

LUISA. ¿Qué es lo que dices? ¡Jesus!
no soy yo tan montaraz.
(*Vuelve á sentarse.*)
¡Ay! al contrario, recuerdo
con encanto singular
aquellos dias serenos
de nuestra primera edad,
en que niños todavia
ibamos á pasear
juntos por los bosques.
(*Cárlos la escucha distraido.*)

CARLOS. ¡Oh!

LUISA. (*Con ternura.*)
Tú me dabas flores.

CARLOS. ¡Ah!

LUISA. Y pájaros.

CARLOS. ¡Qué inocencia!

LUISA. Y nidos.

CARLOS. ¡Qué atrocidad!
(*Se levanta con aire aburrido.*)

LUISA. ¡El qué!

CARLOS. (*Con viveza.*) Estaba distraido.

LUISA. ¡Jesus! hoy estás fatal.
Vete bendito de Dios.
Vete.

CARLOS. ¿Y á qué recordar
aquellas horas felices
si ya nunca volverán?

LUISA. ¡Ah, no volverán! (*Con profunda amargura.*)

CARLOS. No, prima,
porque mi bello ideal
se disipó como nube
que desgarra el huracan.
(*Vuelve á sentarse al lado de Luisa y le dice con ternura.*)
¡Si vieras cuánto te amaba!

LUISA. No me lo recuerdes ya.

CARLOS. Pensaba viajar contigo.

LUISA. ¡Me gusta tanto viajar!

CARLOS. Hubiera empleado el dia

en hacer tu voluntad.
LUISA. ¡Ah! primo... (Con alegria.)
CARLOS. En satisfacer
tus caprichos, en calmar
con tierna solicitud
tus penas; pero está mal
que yo te diga estas cosas.
LUISA. Sigue, sigue por piedad,
Cárlos.
CARLOS. Mi continuo afan,
el único, hubiera sido
verte, Luisa, brillar
en el mundo por tus gracias,
que son muchas
LUISA. (Bajando los ojos.) ¡Oh!
CARLOS. Si tal.
hubiera estado tan hueco
al darte el brazo.
LUISA. ¿Y qué mas?
CARLOS. Nuestra casa hubiera sido
una mansion celestial,
un paraiso.
LUISA. ¡Oh! ¡placer!
CARLOS. (Mudando de tono y levantándose con viveza.)
Pero fuí á Granada y *paff*.
cambió la decoracion
y *requiem eternam*.
LUISA. ¡Ah!!
Yo me muero... agua... Carlos...
ven... ven, no sé qué me dá.
CARLOS. (Mirando su reloj.)
Dispénsame, el tiempo vuela
y yo me voy á almorzar.
(Se marcha corriendo por el foro derecha.)

ESCENA IX.

LUISA.

¡Y me deja!!! mi tormento
quizá le cause placer;
cuando almuerza es evidente.

¡Jesus! ¡qué hombre tan cruel!
No, pues yo me siento mala,
mala de veras... á ver. (*Tomándose el pulso.*)
Ya lo creo, si mi pulso
vá mas de prisa que un tren.
Que llamen al punto un médico.
(*Llamando sin parar de un tirador de campanilla.*)
No vienen, ¿dónde está usté?
(*Á Doña Carmen, que se presenta asustada.*)

ESCENA X.

LUISA, DOÑA CARMEN.

CARMEN. ¿Qué tienes?]
LUISA. Que estoy muy mala.
CARMEN. ¡Tú!
LUISA. ¡Que me muero!
CARMEN. ¿Es posible?
LUISA. Mi pesadumbre es horrible,
nada en el mundo la iguala.
CARMEN. Pero ¿por qué?
LUISA. Porque es hecho,
¡se casa! se casa al cabo.
CARMEN. Su resolucion alabo.
LUISA. ¡Cómo! ¡usted!...
CARMEN. Á lo hecho pecho.
LUISA. Mil gracias.
CARMEN. Si no le quieres
no concibo que te aflija
que Cárlos su esposa elija
entre las demas mujeres.
LUISA. Pero si yo...
CARMEN. Concluyamos.
LUISA. Pues bien: mi primo es infiel,
vano...
CARMEN. No me hables mas de él.
LUISA. En fin, él ha sido... ¿estamos?
Yo soy aun una chica,
y aunque mis dotes no estimo
no me ha de faltar un primo...
ó un... ¡pues!... porque soy rica.

No valiendo Cárlos nada,
por él no me aflijo ahora...
mas siento que esa señora...
la señora de Granada,
¡pues!... Yo celos no sentí
aunque otra cosa revele,
mas, francamente, me duele
que ella se burle de mí;
y por lo mismo que es bella
y que su partido es doble,
quisiera, aunque es poco noble...
quisiera... burlarme de ella;
y que en vez de estar llorando
el novio que me robó,
con él me casara yo,
y ella quedara aguardando.

CARMEN. No abrigues esa esperanza,
pues repruebo tus ideas.

LUISA. ¡Cómo!

CARMEN. Impediré que seas
víctima do una venganza.

LUISA. Víctima, no.

CARMEN. Tú me has dicho
que el marido es el que ordena,
y el que con férrea cadena
nos sujeta á su capricho.
El que nos enseña á ser
esclavas sin pundonor,
el que jura tierno amor
para hacernos padecer.
El que se lanza á gozar
y se complace en reir,
mientras nos oye gemir
en el silencioso hogar.

LUISA. Pero yo hablaba de un hombre
sin educacion, sin tino,
y Cárlos, tia, es muy fino.

CARMEN. Tal cambio no tiene nombre.

LUISA. Pero, ¿qué será de mí,
deshecha la union tratada,
si me quedo abandonada
y muerta de pena aquí?

¿Quién me servirá de guia
y acallará mi tormento?

CARMEN. Tú me has dicho que un convento
de asilo te serviria.

LUISA. ¡Ay! tia, cese el rigor
con que me asedia cruel,
no puedo vivir sin él.

CARMEN. ¿Y cómo creerá en tu amor,
ni cómo podrá olvidar
á su Enriqueta?

LUISA. ¡Dios mio,
siempre esa mujer!—Confio
en que usté le hará cambiar
de idea.

CARMEN. ¡Locura!

LUISA. Usté
(Doña Cármen la escucha con aire distraido.)
tiene tanta habilidad,
habla tan bien.—¡Qué crueldad
no oirme!

CARMEN. ¿Y qué le diré?

LUISA. Le dirá usted que su accion
es odiosa, que Enriqueta
debe ser una coqueta...

CARMEN. Mala, mala introduccion.

LUISA. Entonces... empiece usté
recordándole que un dia
me dijo que me amaria
estando tomando té.
Otra vez cogiendo rosas,
me dijo: antes que perderte
preferiria la muerte.
Luego añade usté otras cosas,
tales como: es menester
que olvides tu nuevo amor;
al ver, Cárlos, el dolor
de tu prima, tu deber
te lo manda asi. Quizá
te han dicho que es caprichosa,
pero será buena esposa,
Cárlos; te obedecerá (Llorando.)
en todo, y por conclusion,

ya que es tan malo ese hombre,
le pide usted en mi nombre
humildemente perdon.
(Se oye el ruido de los cascabeles de un caballo de posta que se aleja.)
Pero ese ruido...

CARMEN. Ya es vana
tu esperanza.

LUISA. ¡Qué agonia!

CARMEN. Se marchó.

LUISA. Corra usted, tia.
(Corriendo de una puerta á otra y empujando á Doña Cármen.)
Tia, corra usted. Juliana.
¡Oh! es tarde. ¡Qué leccion!

CARMEN. Ya pasará tu arrebato.
(Cárlos aparece en la puerta del fondo.)

LUISA. No, no, amaba á ese ingrato
con todo mi corazon. (Sollozando.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHAS, CARLOS.

CARLOS. Muchas gracias, prima mia.

LUISA. ¡Ah! tú... yo no he dicho nada...
(Muy turbada.)

CARLOS. No te retractes... he oido...
he visto, y sé que me amas.

LUISA y CARMEN. ¿Y Enriqueta?

CARLOS. No existió
nunca.

LUISA. (Con alegria.) ¡Conque me engañabas!

CARLOS. Si, prima: cuando tu padre
dispuso que te casaras
conmigo sin consultarte,
lo que tal vez fué una falta,
creiste que de tí hacian
una esposa infortunada.
Asi olvidaste muy pronto
nuestras dulces esperanzas,
y convertistes en odio

el puro amor de la infancia.

LUISA. ¡Qué chismes!

(Mirando á su tia y santiguándose.)

CARLOS. Quise saber
si la noticia era falsa
ó cierta, y te devolví
aquella *horrible palabra*,
causa de tantos disgustos,
vacilaciones y lágrimas;
mas he visto con placer
que las sospechas engañan,
puesto, prima, que rehusas
tu libertad decantada,
y suplicas al amor
que te acepte por esclava.

LUISA. Es decir; yo... porque al fin
esto ha sido una emboscada.

CARMEN. Por Dios, no tientes al diablo,
porque tiene malas mañas,
y si Enriqueta fué un medio
para sondear tu alma,
hay otras mil que te roben
la ventura que te aguarda.

CARLOS. Nada, me voy...

(Dando algunos pasos hácia la puerta del fondo.)

LUISA. (Con desesperacion.) Pero, tia,
no le oye usté? ya se marcha.

CARMEN. Pues bien, tiéndele tu mano
y evitarás que se vaya.

LUISA. Primo... (Tendiéndole la mano.)

CARLOS. ¿Me llamas de veras?

LUISA. ¡Oh! si, con toda mi alma
Ven, la triste triste fé perdida
derrama ya nueva luz
sobre el alma descreida:
dame esa cruz tan temida
y hallaré leve mi cruz;
pues cuando los puros lazos
que hoy unan nuestros amores,
queden rotos en pedazos,
veré convertirse en flores
su tronco entre nuestros brazos.